



LAS URBANIZACIONES PRIVADAS EN BUENOS AIRES Y SU SIGNIFICACIÓN

Mónica B. Lacarrieu* y Guy Thuillier**

En este trabajo reflexionamos acerca de los procesos de transformación urbana que desde los años noventa están teniendo lugar en la periferia de la ciudad de Buenos Aires, a partir del auge de las urbanizaciones privadas. En la primera parte del artículo, centramos el análisis en las formas, relaciones sociales e imaginarios urbanos que desde las nuevas urbanizaciones darían cuenta de una relación dual entre la “ciudad abierta” y la “ciudad cerrada”. En la segunda parte, nuestro interés está puesto en las representaciones y prácticas sociales de los habitantes y otros actores involucrados con las urbanizaciones, respecto de los sentidos múltiples y contradictorios que constituyen lo “cerrado” y lo “abierto”. Nuestras reflexiones finales apuestan a dirimir hasta dónde es posible hablar de dos ciudades en coexistencia, cómo juega lo cerrado en tanto recurso material y simbólico, el lugar del espacio público y la crisis urbana. Finalmente, nos preguntamos hasta dónde dichos enclaves profundizan nuevos procesos de segregación socio-urbana.

In this article we examine the processes of urban transformation that have been taking place since the nineties in the outskirts of Buenos Aires, beginning in the boom of private urbanizing. In the first part the analysis is focused on the urban forms, social relations and urban imagery that might account for a dual relationship between an “open city” and a “closed city”. In the second part, our interest goes to the social representations and practices of the inhabitants and other actors involved in the urbanizations, with respect to the multiple and contradictory senses on which the “open” and the “closed” are based. Our final considerations intend to define on one hand, the extreme to which it is possible to talk about two coexisting cities, the way in which the “closed” acts as a material and symbolic resource, the place of public space and “urban crisis”, and, on the other hand, how much do those “enclaves” intensify new processes of social-urban segregation.

Palabras clave: ciudad abierta/cerrada, homogeneidad/heterogeneidad, espacio público/privado, crisis urbana.

Key words: open/closed city, homogeneity/heterogeneity, public/private space, urban crisis.

* Directora del Programa Antropología de la Cultura (ICA-FFYL-UBA); Investigadora, CONICET; profesora, Universidad de Buenos Aires.

** Doctorando en Geografía de la Universidad de Toulouse II-Le Mirail (Francia).

En “The Truman Show”, la vida del protagonista, Truman, transcurre en “una casa de película ubicada en una ciudad de película”, desde donde el director pretende contar la “historia de un hombre... que no encaja en ningún lado, aunque tiene la familia perfecta, un trabajo perfecto y vive en una ciudad perfecta”. Como en la película, Seaside en la vida real, también es una ciudad “tan clásica y tan perfecta que —aunque real— parece que no encaja en el mundo de las ciudades normales”.¹

En la “era del acceso”(Rifkin, 2000), las ciudades son objeto de procesos de transformación urbana que, más que abrir los canales del acceso, acaban por restringirlos y prohibirlos. Dichos procesos relacionados tanto con el centro como con la periferia de las ciudades, constituyen un modelo que propicia la unidad urbana, construida más hacia el exterior de la urbe, que atendiendo a los asuntos y conflictos internos de ésta.

Tal modelo, propicio para un discurso sobre la aspiración a una ciudad única, se vive a través de las imágenes que primero se plasman y se entregan desde las pantallas de la televisión o del celuloide o incluso de Internet, para luego ser desplazadas —como si la ficción pudiera serlo— a la vida cotidiana de los ciudadanos. El ejemplo de la película “The Truman Show” es indicio de este modelo.

En el caso señalado, el modelo requiere de valores que eluden la idea de conflicto, apelando al concepto lúdico del vivir y fundamentalmente de la “industrialización de la experiencia”(Rifkin, 2000). Esta forma de construir lo urbano, si bien remite a la constitución de una ciudad homogénea en su “sentido global del lugar” (Massey, 1991, p. 29), también exacerba los más fuertes “sentidos de lo local” en la forma de comunidades singulares y homogéneas. Esta concepción produce efectos en el nivel de los procesos microlocales fuertemente segregatorios.

En este sentido, nos proponemos trabajar sobre los procesos de transformación urbana que desde los noventa están ocurriendo en la ciudad de Buenos Aires, especialmente en su periferia urbana. Así, concentraremos la atención en las nuevas urbanizaciones privadas, que, aunque tienen características comunes —lo cerrado, la seguridad, lo privado, lo natural, entre otras—, comprenden diversas tipologías. Las urbanizaciones privadas en Buenos Aires parecen constituirse entre la conformación de “mundos homogéneos” —construidos por los mentores de este tipo de espacios, con fuerte repercusión en la población— y la aparente fragmentación de

¹ Horacio Baldassarre, “Una ciudad de película”, en Clarín, Arquitectura, Ingeniería, Planeamiento y Diseño, 21/12/98 p.5.

la ciudad, producto de esos mundos, asociados sobre todo a especialistas que, desde las ciencias sociales y el urbanismo, previenen sobre la intensa desagregación y pérdida de coherencia de la “ciudad tradicional”, en suma de la urbanidad. Sin embargo, en el primero de los postulados es factible encontrar una salida utópica a la supuesta “crisis de urbanidad”, concentrada en la capital, es decir en el centro de Buenos Aires.

Nos preguntamos, en este sentido, cómo actúan dichos procesos de homogeneización en una ciudad conformada heterogéneamente. Así, nos interesa exponer de qué manera dichas urbanizaciones redefinen el espacio público urbano, afectando sus tres componentes: las formas urbanas, las relaciones sociales y las imágenes urbanas. En ese primer tema se procura demostrar el intento por producir un nuevo modo de residencia aparentemente opuesto al de la ciudad abierta. El objetivo es mostrar la reconstrucción del sentido de la ciudad cerrada desde la perspectiva del observador, partiendo del reconocimiento acerca de que el sentido opuesto entre dos ciudades es producto de una construcción más vinculada a los comercializadores, arquitectos, medios de comunicación y publicistas que a los residentes, aun cuando éstos puedan incorporarlo y naturalizarlo en discurso en el momento de elección de una urbanización privada.² La aparente oposición se analizará en relación con dos escalas: primero, a nivel de la urbanización cerrada, comparándola siempre con la ciudad “abierta”, para entender cómo se procura cambiar la idea de ciudad para los sectores involucrados; en segundo lugar, se ampliará la mirada hasta abarcar no sólo el interior de las urbanizaciones privadas, sino también las consecuencias del fenómeno para todo el conjunto metropolitano.

La segunda parte de este artículo aspira a analizar las representaciones y prácticas sociales de quienes habitan en estos espacios —considerando esos ámbitos ya mencionados que construyen un discurso uniformado—, para poder dar cuenta de cuál es el sentido de homogeneidad que prevalece.³ Es nuestra idea observar dichos procesos en conjugación con las

² Este tema se ha trabajado mediante el análisis de dos tipos de fuentes de datos: 1) la interpretación que se ha hecho del vasto material periodístico —de carácter nacional y local—, así como del material gráfico producido por publicistas y todo tipo de catálogos y folletos realizados por los comercializadores en conjunto con arquitectos especializados; 2) la aplicación de la observación de campo y el análisis de los registros realizados, en un primer nivel de aproximación a la “realidad” estudiada, mediante el análisis de reglamentos, acciones “censitarias” producto de la organización de comisiones y consorcios, de normas arquitectónicas y urbanísticas, de usos establecidos desde dichas instancias.

³ Este apartado se ha construido con base en una etnografía que se realizó como parte de un trabajo de campo más amplio y que incluyó otros problemas de la “realidad” abordada. El trabajo en terreno consistió en la realización de entrevistas abiertas, con el objeto de rastrear quiebres y contradicciones en el discurso internalizado y naturalizado que proviene del “relato oficial”. Debe consignarse que dichas entrevistas fueron realizadas en complementariedad con observaciones de prácticas sociales, ya que se partió del supuesto de que en la medida en que existe un discurso “automático” las observaciones serían el terreno propicio para rastrear las contradicciones entre lo que se “dice” y lo que se “hace”. Por ello, la etnografía, en este artículo, se construye entre registros de campo y entrevistas. Es aquélla el eje de construcción de esta segunda parte, en la medida en que desde la misma se consiguen mostrar las ambigüedades y conflictos que provienen de

nuevas formas de accesibilidad/no accesibilidad urbana en relación con los fenómenos de urbanización cerrada. De hecho, en una aproximación inicial (como se mostrará en la primera parte), estos espacios son “vendidos” como mundos armoniosos, más cercanos a lo rural que a lo urbano, naturales, sin sorpresa, es decir previsibles, en el opuesto de cierta visualización de la ciudad, como caótica, violenta, contaminada. Pero efectivamente ¿es éste el sentido dado a lo homogéneo? ¿Un sentido de “enclave” asociable al “gueto”? Por tanto, ¿cómo se construye lo “cerrado-abierto”, el “adentro-afuera”, considerando las representaciones y prácticas sociales de los diversos grupos sociales involucrados?

Consideramos que reflexionar acerca de la concepción dual entre la “ciudad abierta” y la “ciudad cerrada” que prima en determinados medios —así como de las representaciones y prácticas que prevalecen en el seno de estas urbanizaciones respecto de lo “cerrado” y “abierto”— permitirá proponer conclusiones tentativas con respecto al impacto local de estos emprendimientos, y determinar si representan una amenaza de posible fragmentación e incluso de conflicto urbano. ¿Hasta dónde la presencia contundente de este tipo de urbanización en la periferia profundiza mecanismos de segregación y exclusión social? En este sentido, es preciso indagar si se trata de una nueva segregación urbana, donde la implantación de este tipo de espacios desempeña un papel de relevancia, o de nuevos procesos de exclusión que no sólo se cerrarían en torno de este tipo de emprendimientos, sino también de procesos de transformación urbana que están ocurriendo en el centro de la ciudad, con fuertes mecanismos de control social que generan accesos restringidos, en suma, nuevos procesos de homogeneización cruzados no sólo por la dimensión económica, sino también por la política, social y cultural de la ciudad.

El auge de las urbanizaciones privadas en Buenos Aires, en un contexto de ciudad globalizada y periférica

Las transformaciones ocurridas en la década de los noventa en la ciudad de Buenos Aires —coincidente con la denominada etapa de profundización del neoliberalismo, en pleno periodo menemista— la han colocado a la cabeza,

la elección de residir en estas urbanizaciones, y simultáneamente desestructurar el discurso estereotipado que se “vende”. Son las “voces” de los actores sociales involucrados, pero sin duda permeadas —como en toda etnografía— por la interpretación del antropólogo-investigador, que de hecho ya en la relación de entrevista y/u observación se constituye como un “perturbador” de la “realidad” observada. Es por ello que, como en otras etnografías, el lector se encontrará con las “voces” de los “otros” construidas en relación con el interlocutor-investigador.

junto con otras ciudades latinoamericanas, de las denominadas “ciudades globales” en la literatura especializada (cfr. Sassen, 1999). Consideradas como espacios estratégicos en los procesos atinentes al “espacio de los flujos” (Castells, 1995), en el caso de Buenos Aires se observan fenómenos socio-urbanos nuevos que implican, por un lado, las nuevas urbanizaciones privadas estrechamente articuladas a otras tendencias, como los nuevos ámbitos de comercio (centros comerciales, etc.), de producción y servicios (edificios inteligentes, etc.) y megaproyectos (autopistas, por ej.), en cuyo seno se especula que estarían ubicados los sectores sociales considerados integrados, mientras en la contracara de estos espacios, es decir de las áreas residuales del mismo modelo, se encontrarían los denominados excluidos.⁴

Estas nuevas tendencias urbanas adquieren características especiales respecto de Buenos Aires. Aunque los cambios más visibles parecen centrarse en la periferia de esta ciudad, teniendo en cuenta que la misma fue espacio de concentración de sectores populares, los procesos de transformación urbana mencionados y puestos en expansión en los noventa han modificado no sólo el lugar de la periferia, sino también el centro de la ciudad.

En este sentido, Buenos Aires ha sido y sigue siendo objeto de una serie de megaemprendimientos que involucran tanto al centro como a la periferia urbana, y que al decir de Gorelick (1999, pp. 22-24), implican la culminación de un ciclo —centrado fundamentalmente en la intervención del Estado— y el inicio de “una verdadera ‘urbanización’ del capital privado”, al mismo tiempo que una crisis del espacio público. Una de las consecuencias más drásticas de estas transformaciones sin duda lo han sido las nuevas pautas de localización y de hecho el desplazamiento importante de determinados sectores de la población hacia las nuevas urbanizaciones privadas. En la actualidad se estima que hay entre 350 y 400 de estos emprendimientos en el Gran Buenos Aires —incluyendo *countries*,⁵ clubes de campo, barrios cerrados, barrios de chacras— (Robert, 1998, p. 2) ocupando una superficie de 320 km², casi el doble de la capital federal, y albergando unos cien mil residentes (Pirez, p. 2000). Asimismo, cabe destacar que la mayoría se emplazan en la zona norte, en segundo lugar figura la zona de Esteban Echeverría. A estas urbanizaciones deberían agregarse los denominados megaemprendimientos, también “ciudades-pueblo” —siete en

⁴ Para un desarrollo de este tema sugerimos Sassen, S., 1999; Torres, 1998; artículos periodísticos como “Integrados y excluidos”, recopilado por Municipio de Malvinas Argentinas, 1998.

⁵ Urbanizaciones privadas que comenzaron a construirse en la periferia de Buenos Aires, en los años sesenta y setenta. En sus orígenes, se denominaban casas quinta y eran propiedad de sectores con alto nivel adquisitivo, que las usaban para el fin de semana o en vacaciones como una segunda casa. En la actualidad, al disminuir los ingresos de sus propietarios, los *countries* se han convertido en viviendas permanentes, en competencia con los barrios cerrados. Se diferencian de estos barrios en que poseen club house (espacio colectivo con deportes incluidos) y los costos son elevados.

total, ubicados en la zona norte—, algunos de ellos, como Pilar del Este, concentran 18 barrios con cinco mil unidades habitacionales.⁶

Sin embargo, lo que algunos autores denominan la “suburbanización de las elites” (Torres, 1998, p. 2) no sería explicable sin el gran impacto que ha tenido en esta ciudad la construcción y la modernización de las autopistas, entre los años ochenta y los noventa. Mientras que hacia los cuarenta, las urbes estadounidenses iban surgiendo como “ciudades en las autopistas” (Hall, P., 1996), la ciudad de Buenos Aires, como otras latinoamericanas, sufría un ordenamiento territorial fundado en los loteos económicos —y por ende un desplazamiento de población del centro hacia la periferia—, ubicados en el primer y segundo anillo, a diferencia de los nuevos enclaves que se localizan en “partidos de la tercera corona, más afuera de la periferia tradicional” (Torres, H., 1998, p. 8). Como señala este autor (1998, p. 7), después, en el primer y segundo anillo, “a modo de enclaves, también se localizaron los desarrollos fuera del mercado, las ‘villas miseria’” (aunque asimismo se asentaron villas en la capital), con inmigrantes provenientes del interior del país primero, y luego con los que llegaron de países limítrofes.

Torres especula que el subsidio al transporte público varias décadas antes fue el factor inductor comparable a las autopistas en los noventa, respecto de los nuevos enclaves. Y efectivamente coincidimos con el autor en que si bien la periferización de Buenos Aires se profundizó con posterioridad a la segunda guerra, este proceso fue protagonizado por sectores populares y medios bajos (cfr. Torres, H., 1998, p. 9).

Los procesos diferenciados remiten a diversas formas de concebir la idea y concepto de “suburbio”. En primer lugar porque, como retoma Nivón, respecto de la suburbanización estadounidense, “el suburbio se hace visible casi al mismo tiempo que la ciudad” (Nivón, 1996, p. 9), pero fundamentalmente porque en Estados Unidos los suburbios eran residenciales y arduamente planificados, mientras en Buenos Aires aparecen en una mayor articulación con la industrialización —como en el caso europeo y sobre todo a partir de la década de los cuarenta—, recibiendo a sectores trabajadores que, por otro lado, terminaron autoconstruyéndose sus viviendas, en ausencia de políticas o planes de urbanización. Pero ya en los cuarenta y hasta en la actualidad suburbio ha sido sinónimo de periferia, asociada al crecimiento, al mismo tiempo que a la creciente segregación socio-espacial de diversos sectores sociales en el interior de la ciudad misma. Y sólo en los últimos años, acompañada de los nuevos procesos de transformación socio-urbana, se introduce una visión, que, aunque no necesariamente guiada por la palabra suburbio, remite al suburbio residencial estadounidense.

⁶ Datos extractados del suplemento semanal de countries que publica el diario Clarín.

Como señala Mignaqui (1999, p. 36) “la década de los noventa parece haber instalado en el debate urbanístico el regreso al suburbio. Un suburbio más seguro, más verde y tranquilo que el área central de la metrópoli”. Es la misma autora quien juega con la posibilidad de asociar estas nuevas urbanizaciones a las salidas utópicas que primaron a fines del siglo XIX y continuaron en algunos casos en el XX, con las cuales se procuraba contrarrestar la ciudad industrial y el desorden urbano que se le asignaba. Aunque a principios de siglo en zonas como Hurlingham, por tomar sólo un ejemplo, un sector de la población consolidó barrios, que recreaban la “ciudad jardín”, para esta ciudad este tipo de modelo no fue protagónico. Si bien es posible plantear esta extrapolación en los nuevos emprendimientos de nuestra ciudad, y postular, como sugiere Mignaqui, que esta recuperación tiene alto grado de eficacia a partir de la legitimación de la “ciudad privada” (aunque agregaríamos que el Estado, principalmente en sus formas locales, inciden en la misma), resulta necesario plantearse hasta dónde Buenos Aires puede encuadrarse en el término “exópolis”, o “postsuburbia”, introducido por Soja (1996, citado en Torres, 1998), para definir los desarrollos urbanos periféricos de los noventa. Esta perspectiva supone considerar que la “exópolis” remite a una centralidad difusa, ubicua, donde, como dice Soja, la familiaridad que caracterizaba a lo urbano se disuelve en el aire. Sin embargo, es necesario argumentar que los procesos de transformación urbana que acontecen en Buenos Aires no se concentran sólo en el desarrollo de la periferia mediante nuevas urbanizaciones. Más bien estos fenómenos se producen en simultaneidad con movimientos que implican una nueva legitimación de la centralidad, mediante intentos de promoción del desplazamiento de población al centro histórico, o a barrios centrales como el Abasto, o bien por medio de la rehabilitación en Puerto Madero, a partir de 1990, desarrollada por una corporación mixta entre el gobierno de la ciudad de Buenos Aires y emprendedores privados.

Aun con esta simultaneidad de procesos, cabe preguntarse: ¿cuál es la diferencia entre habitar una urbanización cerrada y residir en el centro? ¿Cuál será la diferencia entre escoger una de dichas urbanizaciones en una periferia transformada, o por el contrario elegir la “ciudad tradicional”, sin embargo también modificada? ¿Cómo afectan los cambios producidos por estas urbanizaciones en una periferia conurbada a partir de lo “abierto”? ¿Qué consecuencias provocan estos emprendimientos en la “urbanidad” de Buenos Aires, es decir, en la relación entre los ciudadanos y su habitat urbano? Son estas inquietudes las que procuramos analizar —en la primera parte del trabajo— en tres niveles y con dos escalas geográfico/urbanas, hacia adentro de la urbanización y a escala del conurbano fragmentado que las mismas dibujan.

ICiudad abierta/ciudad cerrada

...no queremos hablar de ciudad, porque la imagen de las ciudades en la actualidad no es buena, es una mala imagen; pero nosotros creemos que puede haber ciudades buenas. Hay nuevas ciudades que han sido un éxito, pero no queremos llamarlo ciudad, porque viene precedido de esa mala imagen, no sabemos cómo llamarlo (De la entrevista con un representante del emprendimiento ciudad-pueblo Nordelta, marzo de 1999).

El testimonio expresa el discurso hoy dominante en otros ámbitos de producción de lo urbano. Es un discurso que generalizadamente habla del “ca-tastrofismo” como expresión de la crisis urbana. Aunque no novedosa, esta manifestación del caos urbano adquiere en la actualidad ribetes imprevisibles, que colocan en la ciudad “tradicional” el escenario del post-apocalipsis, lugar testimonial de la desintegración de valores que se observaron como propios de la modernidad urbana: el protagonismo del espacio público y de la diversidad cultural. Si bien no ahondaremos en este tema, resulta interesante retomar el testimonio transcrito, pues ahí mismo anida la idea de dos posibles ciudades en una misma ciudad: la “mala” y la “buena”, la “abierta” y la “cerrada”.

1. Formas y prácticas urbanas

Respecto al paisaje que ofrecen al visitante, las urbanizaciones privadas adoptan una forma física muy diferente de la ciudad abierta, al punto que parecen un intento por reconstruir una comunidad anti-urbana, semejante al mítico pueblo de los orígenes. En su forma arquitectónica, las urbanizaciones privadas están conformadas en su mayoría por casas propias, de dos pisos como máximo, sobre lotes-jardín de entre 500 y 2000 m². Los reglamentos urbanísticos prohíben formas que evoquen la ciudad céntrica, como edificios en altura y torres. Su skyline sigue las siluetas de los árboles y no de los rascacielos. La consecuencia es que esos emprendimientos se caracterizan por tener densidades residenciales muy bajas.⁷ En cuanto a las calles, adoptan a menudo una forma “pintoresca”, con curvas y callejones sin salida, que rompen con la uniformidad de la cuadrícula porteña.

Sin embargo, en lo que más se diferencian las urbanizaciones cerradas de la ciudad abierta es en el grado de control comunitario sobre las formas y usos del espacio urbano. En las urbanizaciones privadas, las

⁷ Alrededor de diez veces inferiores a la densidad de la capital federal: 1500 hab/km² en las urbanizaciones privadas, contra 14 800 para la capital, en promedio. Respecto a la ciudad metropolitana, que cuenta con un promedio de 2 800 hab/km², la densidad de las urbanizaciones cerradas sería un poco más de la mitad (Pirez, 2000).

normas arquitectónicas son estrictamente definidas. La idea es buscar la máxima homogeneidad arquitectónica, o por lo menos cierta continuidad, contrastando otra vez con la heterogeneidad de la ciudad abierta, en una mezcla de estilos, épocas, y funciones que la hacen atractiva para muchos ciudadanos. En las urbanizaciones privadas, al contrario, se apunta a eliminar la diversidad y la sorpresa. Las urbanizaciones privadas están previstas como lugares monofuncionales, dedicados a un uso únicamente residencial.⁸ Este rasgo se opone a la ciudad abierta, caracterizada por su multifuncionalidad, la que se intenta retomar en las “ciudades buenas” al estilo Nordelta. Si bien existen en la ciudad barrios más especializados, todas las funciones urbanas y todos los usos del espacio urbano por lo general se pueden encontrar en pocas cuadras, incluyendo usos no previstos o “salvajes”, como agrupaciones de jóvenes en la esquina, mendicidad, hasta usos delictivos, como robo o prostitución. Precisamente para protegerse de esos usos no deseados del espacio urbano, las urbanizaciones privadas controlan muy estrictamente las prácticas desempeñadas en el espacio común, en realidad limitándolas al mínimo.

El espacio emblemático de la ciudad, la calle, como lugar de paseo, de sorpresa, como escena y horizonte de la ciudad, desaparece por completo. La calle es reducida a un espacio de tránsito automotor, pero donde nadie para, se detiene, o pasea, a tal punto que raramente esas “calles” privadas tienen veredas. El club-house cumple el papel, de manera muy pobre y restrictiva, de “espacio público central”. Todas las normas urbanísticas y las reglas de uso de las urbanizaciones privadas apuntan a este resultado: garantizar un lugar predecible, limpio, seguro, sano, y calmo, en dos palabras, un lugar ordenado e inteligible, opuesto a una ciudad percibida como sobrepoblada, sucia, peligrosa, contaminada, y ruidosa, en suma, un lugar de anomia y anarquía.

A escala metropolitana, esas urbanizaciones privadas modifican también las formas y los paisajes urbanos de las zonas donde suelen concentrarse. Lo primero que llama la atención, por supuesto, es el fuerte contraste que crean en estas áreas, al dividir la ciudad en dos mundos muy diferentes: uno que parece salir de las telenovelas estadounidenses y el otro que es el típico del conurbano, el loteo popular con sus casas sencillas y sus calles de tierras. Estas fronteras adentro de la ciudad constituyen obstáculos importantes, y también grandes vacíos para los residentes de afuera, en el tejido urbano o semi-urbano de la zona.

En tanto la población de las urbanizaciones privadas genera una demanda importante de servicios que en general no se encuentran en su

⁸ Con excepción de los megaemprendimientos, donde la zonificación prevee áreas comerciales, educativas, residenciales, etc., pero en todo caso bien separados de las áreas residenciales.

interior, en las proximidades se ha establecido una gran oferta comercial y nuevos núcleos de centralidad urbana. Asimismo, las urbanizaciones privadas redefinen las pautas de movilidad en estas zonas: estos emprendimientos, al igual que estos nuevos centros de servicios que alientan, son organizados y diseñados para el acceso del automóvil.⁹

Así, en la era de las urbanizaciones privadas, es observable a simple vista la yuxtaposición en el conurbano de dos ciudades distintas, para poblaciones distintas y organizadas alrededor de ejes de transportes, de pautas de movilidad y de núcleos urbanos céntricos también diferentes. Ahora bien, ¿cómo recompone este fenómeno las relaciones sociales dentro y afuera de las urbanizaciones privadas?

2. Relaciones sociales

Adentro de las urbanizaciones privadas, como consecuencia de las bajas densidades, es posible observar que las distancias físicas interpersonales aumentan. La casi desaparición del espacio público disminuye la probabilidad de padecer una promiscuidad física no deseada. Pero al mismo tiempo, aparentemente las distancias sociales entre los individuos se reducen considerablemente: en estos microcosmos cerrados, se procuran recomponer comunidades estrechamente integradas, más características del ámbito rural que del ámbito urbano. El control social es muy fuerte, casi totalitario. Ya hemos mencionado que los reglamentos internos definen deberes y derechos en cada aspecto de la vida cotidiana. Hay que agregar que las sanciones, en caso de infracción, son públicas, y se exponen así los pecados ante todo el grupo. En varias urbanizaciones, las autoridades suelen denunciar nominalmente, en el diario interno o por medio de carteles en el club-house, a quienes no respetaron los límites de velocidad del tránsito, o no pagaron sus expensas, o no cumplieron con la nueva norma urbanística vigente. Además, en esas pequeñas comunidades, todo se sabe y si uno no respeta las reglas tácitas de la comunidad, se expone a un ostracismo total.¹⁰ Este tipo de integración comunitaria es el intento por construirse diferenciadamente en relación con los vínculos sociales muy flojos que se establecen en la metrópolis, históricamente caracterizados por la aparición del individuo y de la racionalidad moderna.¹¹

⁹ Aunque el ferrocarril sigue siendo el eje estructurante y el medio privilegiado de transporte a la capital para las localidades con más carencias del conurbano.

¹⁰ Por ejemplo, en un country de Pilar, una familia, víctima de chismes sobre la infidelidad del marido, sufrió de "muerte social": los otros residentes, extendiendo el oprobio a todo el grupo familiar, cortaron los contactos con ellos, e incluso dejaron de saludarlos por la calle.

¹¹ El aire de la ciudad hace libre", escribió Max Weber, describiendo este proceso.

Un segundo aspecto de las relaciones sociales en estas urbanizaciones es la modificación de la relación con la alteridad. Quizás más que la seguridad, estos emprendimientos buscan la homogeneidad social, excluyendo de su horizonte ideal al otro: a aquel que no tenga los mismos niveles de consumo, la misma cultura, el mismo color de piel o la misma religión. Para comprar un lote,¹² uno debe, además de contestar una encuesta sobre sus antecedentes bancarios, pasar por una entrevista con una comisión de vecinos. Luego, el pedido queda en el club house por cierto tiempo, de modo que los vecinos evalúen el ingreso, que no sucederá si el postulante no es bien aceptado. La meta de estos procedimientos es garantizar la máxima homogeneidad socioeconómica y sociocultural en el barrio. Este sueño de quedarse entre pares, con lo diferente afuera, se diferencia de lo que sucede en la ciudad abierta, donde la mezcla de los grupos sociales, al menos su co-presencia, y la confrontación con la figura del otro, del desconocido, del diferente, es una característica principal del espacio público.

En tercer lugar, se puede agregar que esos emprendimientos también modifican la relación con la comunidad, es decir la ciudadanía. Dentro de las urbanizaciones privadas, el poder rompe con la lógica universalista de la ciudadanía política, en favor de un modelo que tiene más que ver con la estructura del poder en la esfera económica. Las urbanizaciones privadas funcionan según una democracia censitaria parecida al modo de administración de las empresas privadas. El comprador de un lote también compra una acción de la sociedad anónima constituida por la urbanización privada. Así, el peso político de cada residente es proporcional a su poder económico: el que más posee, más puede. Además, las estructuras de poder son bastante oscuras en las urbanizaciones privadas. Los desarrolladores e inversionistas se reservan a menudo una gran parte de las acciones y siguen manejando el emprendimiento mucho después de su inauguración. A veces surgen conflictos entre los promotores y los moradores. En Pilar del Lago, por ejemplo, después de unos robos, los residentes quisieron instalar un sistema de vigilancia periférica electrónica, pero los desarrolladores se opusieron al proyecto, porque implicaba un aumento de las expensas, que hubiera sido malo para las ventas, en la medida en que este sistema de alta tecnología no es un argumento fuerte de venta: si la publicidad dice “vigilancia las 24 horas”, ¿quién quiere saber cómo se hace tal vigilancia? Esta estructura del poder político y de la ciudadanía contrasta con la ideología cívica igualitaria de la ciudad abierta, foco de la democracia universalista.

¹² Este tipo de seguimiento personal es una característica de los *countries* y muy escasamente de los nuevos barrios cerrados, principalmente de los *countries* que apuestan a crear y reproducir un espacio exclusivo habitado por determinado tipo de gente.

En el nivel metropolitano, también resultan afectadas las relaciones entre los grupos sociales, entre los de adentro y los de afuera. El mito integrador de Buenos Aires, donde la equidad de oportunidades se concretaba por la equidad de acceso a un espacio urbano compartido entre todos, parece perder sentido. Las urbanizaciones privadas son la traducción espacial de la fractura social que en las últimas décadas fue profundizándose en este país, entre los “ganadores” del nuevo sistema económico globalizado, y los “perdedores” del mismo (SVAMPA, 2000). Estos emprendimientos no sólo materializan físicamente esta frontera económica, sino que significan su aceptación definitiva por parte de los sectores residentes, e incluso contribuyen a endurecerla. Si los habitantes —sectores sociales medios y medios acomodados—¹³ hacen secesión de la ciudad abierta para construir su propio paraíso a la carta, ¿quién va a involucrarse para mejorar el resto de la ciudad? La gente más capaz, más educada y más poderosa ya no se involucra con la comunidad, sino a través de operaciones caritativas que no apuntan a cambiar radicalmente la realidad urbana, sino a ayudar a los pobres a soportar su miseria. En el mejor de los casos, los de afuera esperan que los de adentro los empleen como albañiles, custodios, empleadas domésticas y, en el peor de los casos, la diferencia manifiesta de nivel económico crea una tensión entre ambos grupos, hasta el punto en que se podría considerar, paradójicamente, que las urbanizaciones privadas atraerían y fomentaría esta misma inseguridad de la que intentaron escapar, cerrándose a los demás.

3. Imágenes urbanas

Las urbanizaciones privadas, mas allá de las formas y de las relaciones sociales, también afectan las imágenes urbanas. La primera novedad en este campo es que, con las urbanizaciones privadas, la ciudad deja de ser un espectáculo, en tanto “espejo de la sociedad”. La ciudad abierta, tradicionalmente, aparecía como una inmensa escena donde los diferentes grupos sociales aprendían a identificarse y a distinguirse de los otros: ante

¹³ Aunque se ha generalizado la idea de que los habitantes de estas urbanizaciones pertenecen a las elites de Buenos Aires, la misma no parece coincidir con la “realidad”. Por un lado, una fuerte proporción de familias tradicionales de campo aborrecen explícitamente este tipo de emprendimientos y los consideran una mala copia de sus campos, ubicados incluso en zonas más distantes. Por el otro, estas urbanizaciones encuentran su auge en plena época menemista, junto al beneficio del crédito y la paridad cambiaria, situación que posibilitó que familias de ingresos medios acomodados, en general ya propietarias de departamentos en la zona norte de la capital, pudieran acceder a la compra de viviendas en estos lugares, aunque mayoritariamente han quedado endeudados y hoy las ponen en venta. Asimismo, no todas las urbanizaciones de este tipo poseen el mismo nivel de exclusividad.

todo, la ciudad era fachada. Los ciudadanos exitosos exhibían su fortuna construyendo palacios o inmuebles ostentosos para los demás. El poder político concebía el espacio público como una escenografía monumental para la representación de la identidad nacional, que debía dar a los inmigrantes el sentimiento de pertenencia a la patria. Los lugares céntricos eran teatros, donde el paseante era al mismo tiempo actor y espectador del gran espectáculo urbano. Con las urbanizaciones privadas, la ciudad se oculta, tapando su espectáculo a los de afuera, lo que tal vez es manifestación de la caída del interés por lo público, y del retiro del hombre moderno sobre el dominio privado e individual. Sin embargo, no podemos pasar por alto que el espectáculo persiste, si bien se trata de una forma de espectáculo para “elegidos”, donde no hay sorpresas, ni coups de théâtre.

Las ciudades del presente se vuelven “ciudades-espectáculo”, si bien a través de nuevas formas de espectacularización. El nuevo espectáculo urbano se constituye a partir del vínculo entre cultura y placer; se asocia la cultura al design, la estética, la experimentación y el consumo visual. Entre dichos proyectos, las nuevas urbanizaciones de la periferia convocan la puesta en escena de “paisajes de sueño” (Zukin, 1996). Si bien este tipo de ciudad y los nuevos proyectos que la constituyen son la negación radical de la ciudad como polis, igual que antes buscan el consenso de un sentimiento de pertenencia, propio de la creación de un “patriotismo de ciudad” (Vainer, 2000, p. 94), mediante el cual se busca la salvación con respecto al caos urbano.

Los modelos estéticos también cambian, la influencia europea tradicional de Buenos Aires cede el paso a la cultura urbana estadounidense, que es más bien una cultura anti-urbana. Mas allá de los estilos arquitectónicos, la importancia que otorgan los habitantes a las urbanizaciones privadas, a la “calidad de vida”, a la naturaleza y al campo, ilustra esta ruptura con la concepción tradicional, europea, de lo urbano. La ciudad era percibida como el lugar de la civilización y del progreso, contra la barbarie y el atraso del campo, oposición aun más contundente en el país de Sarmiento que en el viejo continente.¹⁴ Por el contrario, en el discurso de los productores y consumidores de los emprendimientos cerrados, lo urbano se identifica con el caos. Un ejemplo paradigmático de esta visión del mundo que impregna todo el discurso publicitario en torno de los barrios cerrados, y también parte del discurso estereotipado que sus residentes incorporan, se encuentra en el número 22 de *Desde los countries y barrios cerrados*, una revista mensual que acompaña a *La Nación* del 7 de marzo de 1998.

¹⁴ Nos referimos a la concepción que primó en Argentina a partir de la generación de los ochenta. Fue esa generación la que planteó un modelo de nación basado en el progreso —puesto centralmente en la ciudad de Buenos Aires— y en la inmigración europea de fines de siglo XIX y principios del XX.

El primer artículo, “En busca de la tranquilidad perdida”, es la historia de un regreso:

La Countrista, repatriada, porteña al fin, volvió vencida a la casita de sus viejos, al barrio tranquilo de su ayer. Regresó sin ganas pero sin alternativa después de 6 años de deleitosa y serena vida de country, adonde la acunó el rumor de las hojas, la mimó el sol y la bañó la luna en creciente y en menguante [...]

Pero a su ciudad natal ella le encuentra poco encanto:

Notó que los porteños ya no pierden su precioso tiempo en decir gracias ni por favor; que las motos siguen perforando tímpanos, que los colectivos aún echan cortinas de humo negro [...]

¡Y ni hablar de los peligros de las calles!

Un OVNI sobre patines con una pizza en la mano casi voltea a La Countrista que, algo distraída, se disponía a cruzar [...] tratando de avanzar por el estrecho espacio que le dejaba el kiosco de revistas de la esquina, cayó y se salvó por un centímetro de que un taxi le aplastara la cabeza [...]

Pero, por suerte, esta pesadilla tiene un fin:

La Countrista, porteña renegada, alma de tango al fin, no ve las horas de regresar a ese otro mundo que, sin embargo, queda tan cerca. A treinta minutos por Panamericana, nada más. A esos lugares donde la gente no tiene mala onda porque se fue allí para no padecer [...] Poco tiempo más y volverá a llenarse el corazón con un perfume de yuyos y de alfalfa [...]

Desde las urbanizaciones cerradas se rechaza la referencia a lo urbano hasta en sus propias denominaciones comerciales, tal como se desprende de Nordelta. El tamaño enorme de los megaemprendimientos (Nordelta, el más grande de ellos, prevé albergar unos ¡cien mil residentes!) no les permite eludir la palabra “ciudad”, pero ellos agregan entonces términos que endulzan tanta violencia semántica. Pilar del Este, por ejemplo, se denomina “ciudad verde”, Estancias del Pilar sería una “ciudad en el campo” y, aún más inventivo, Nordelta pretende ser la primera “ciudadpueblo” (¡sic !) de América Latina.

Así, los emprendimientos cerrados afectan las formas, las relaciones sociales y hasta las imágenes urbanas, al propocurar la conformación de otra metrópoli. Sin embargo, una vez inmersos en dichos espacios ¿qué significado adquiere este encerramiento? ¿Cómo, mediante esas nuevas

propuestas urbanas, se redefinen para la gente las categorías abierto/cerrado, adentro/afuera, público/privado? Efectivamente, ¿y una vez “adentro”, es posible persistir en la idea de oposición y dualidad?

III Lo cerrado/abierto

Una de las personas presentes planteó que íbamos a estudiar los barrios cerrados [...] Esta alusión llevó a una inmediata respuesta de Susana, como aclarando dijo: “éste no es un barrio cerrado”, a lo que Alejandra inmediatamente replicó: “es medio cerrado” (Del registro de campo realizado en “Los Altos del Barranco”, 17/11/98).

El carácter de cerrado que hace visibles a las nuevas urbanizaciones parece ser el punto de arranque incuestionable e ineludible para entender su surgimiento y desarrollo. Incluso dicha propiedad aparenta ser la categoría de análisis definitoria e inherente en relación con una división tajante entre espacios “abiertos” y espacios “cerrados”. En este sentido, la caracterización y definición de estas urbanizaciones suele simplificarse y realizarse por “oposición a”, es decir, como opuesto a los espacios abiertos tradicionalmente reconocidos por los habitantes de las ciudades. Sin embargo, y como bien se desprende del testimonio, lo “cerrado” no tiene un sentido “cerrado” y homogéneo. En el contexto de constitución de las representaciones y prácticas sociales se vislumbra que lo “cerrado” y lo “abierto” se construyen como categorías —y valga la aparente contradicción— abiertas, contradictorias, manipulables y aun en conflicto y disputa por una mejor definición de este “particular mundo social de las nuevas urbanizaciones”. Por ello, para avanzar en la comprensión del fenómeno, se hace necesario bucear en las representaciones y prácticas sociales de sus residentes, aunque también de sectores promotores de lo “cerrado”.

1. El ser o no ser del vallado...he aquí la cuestión

Llamativamente la barrera está alzada y en la garita no parece verse a nadie. Hago un comentario: ¿qué es lo que tiene de cerrado este barrio? ...es puro teatro [...] simulan que es cerrado y después entra cualquiera [...] como si hicieran de cerrados. Pienso en las diferentes formas de encerrarse. También pienso en que probablemente este barrio que nació semicerrado y que se cerró luego de un amplio debate entre vecinos, no termina de asumirse como tal. Como si estuvieran a mitad de camino, ni abiertos/ni cerrados. Con una barrera levantada y sin vigía, y sin los símbolos propios del cerramiento: entrada oficial con portón, vigilantes uniformados [...] Unos días después son los mismos vecinos quienes están desorientados: “viste que hoy temprano todas las entradas estaban cerradas [...] no sé porqué, porque

de noche siempre las cierran y dejan sólo ésa, pero a la mañana las abren [...] tal vez porque es domingo y como viene gente de afuera y entra por ahí a pasear [...]” (Registro de Campo en “Altos del Barranco”).

El cerrarse es efectivamente el límite o frontera material que separa un mundo de otro mundo. O dicho de otro modo, poder traspasar ese límite, materializado por un muro, una barrera, un portón, uno o varios guardias de seguridad, un portero visor, un alambrado, entre los diversos elementos físicos que se colocan, implica poder pasar a otro mundo donde se es objeto de encierro, en el sentido de poder pertenecer a los límites internos y al espacio interno homogéneo. El asunto del “cierre”, si bien implica problemas legales aún no del todo resueltos, se vuelve ampliamente significativo en relación con la instauración y reproducción de “fronteras fijas”, que definen territorios encapsulados y aparentemente inmutables. Sin embargo, como puede observarse en el registro transcrito, en algunos casos el cierre pasa a ser un dilema de difícil resolución. Como dilema, se construye desde diversos sentidos dados al mismo en relación con el contexto de producción: no será lo mismo hablar de cierre en un barrio abierto con aspiraciones de cerramiento, que en uno que nació cerrado, o semi-cerrado; pero también será variable el sentido, según los mecanismos de control instaurados. Así podemos observar cómo en “Los Altos del Barranco” su condición original de semi-cerrado sigue pesando en el “autoconvencimiento” de los vecinos respecto del cierre solicitado por ellos mismos, mientras en el San Jorge (en Malvinas Argentinas),¹⁵ amurallado completamente, el simple transitar por su entrada implica una pregunta inquisitoria respecto de quiénes somos y hacia dónde nos dirigimos. En este último caso, los residentes han incorporado rígidamente el asunto, ejerciendo casi un doble control superpuesto al de la vigilancia: un ejemplo de ello lo constituye la carta enviada por un vecino a la Comisión Directiva en 1997. En la misma él manifestaba haber ejercido control sobre la guardia y haber observado el “no control” por parte de ésta, cuando vio entrar autos que no fueron requisados, o incluso encontró la falta de control sobre sus propios hijos que salieron del barrio sin que se les preguntara acerca del “permiso” expreso de la autoridad paterna.

Si bien el “cierre” se constituye como otro de los núcleos de referencia insoslayables a la hora de definir estas urbanizaciones,¹⁶ también es ob-

¹⁵ El San Jorge, ubicado en el Partido de Malvinas Argentinas, próximo a la localidad de San Miguel y camino hacia Pilar, es una urbanización con una “puesta en escena” que la vuelve semejante a una antigua ciudad amurallada.

¹⁶ Partimos del supuesto de que estas nuevas urbanizaciones se establecen con base en una serie de núcleos de referencia fuertemente monolíticos como: la medievalización de la ciudad, la seguridad, el lugar de la naturaleza, etcétera.

jeto de múltiples disputas, encuadrado en un escenario de conflictos, que involucran la problemática legal referente tanto a estos espacios, como a los diferentes actores sociales involucrados con ellos.

Los barrios privados no pueden tener barreras”, dice Melchor Posse, veterano intendente de San Isidro. Pero las tienen. ¿Las hará sacar? ...Posse mira al futuro. “Sólo autorizaremos nuevos barrios privados en los que las casas den hacia fuera, hacia las calles y que adentro tengan un espacio donde existan tareas comunitarias... Pero el problema no parece ser el futuro, sino el presente... Y no se refiere sólo a las barreras... sino a los muros que rodean a estas urbanizaciones y les dan su carácter.¹⁷

El intendente de la zona norte¹⁸ está poniendo en el centro de la escena tal vez el más relevante de los conflictos que atañe a estos barrios: hasta dónde es posible legitimar y no sólo legalizar el “derecho al encierro”, si como bien queda manifiesto en el artículo, éste constituye el verdadero aspecto diferencial y característico de estos espacios. Aunque efectivamente el problema del cerramiento se traduce en conflictos que penetran el terreno jurídico-administrativo, en el espacio de la práctica social en donde finalmente el cierre parece legitimarse. Sin embargo, el otro aspecto de este problema es hasta dónde debe llegar dicha legitimación. Resulta interesante en este sentido el propio debate que se plantea la Federación Argentina de Clubes de Campo:

Si bien se desea, se puede y hasta se deben determinar los límites del dominio propio, distinto es cómo esta determinación puede o debe ser concretada en la práctica [...] ¿es necesario señalar los límites de una propiedad con elementos materiales visibles,...? ¿o simplemente es suficiente una abstracta anotación registral que defina estos límites en un plano tal como sucede en nuestros días? De hecho, que un jardín en la parte del frente de una casa tenga o no su límite materialmente “cerrado” o “abierto” en nada cambia la situación del dueño de la casa construida junto a ese jardín, y no le está permitido a terceros ajenos, introducirse en ese jardín o en esa casa, aun cuando la misma pudiera encontrarse con la puerta abierta y su jardín sin ningún tipo de “cerramiento” visible. Entonces, cabe preguntarse: si el dueño ha podido “cerrar” su casa dejando abierto el jardín, ¿qué le impide también “cerrar” materialmente su jardín (reja, muro, cerco, etc.) sobre la “línea municipal”, que en definitiva es el límite hasta el cual se extiende su propiedad?

¹⁷ “Derecho de encierro”. Artículo recogido por la Municipalidad de Malvinas Argentinas.

¹⁸ Debe aclararse que San Isidro es una localidad que sólo se encuentra a 30 minutos de la capital, donde históricamente se han asentado familias de buen nivel adquisitivo en casas tipo “chalets”, pero sin cerramientos. Sólo en los últimos tiempos hay zonas de la localidad que están siendo objeto de implantación de urbanizaciones privadas, si bien quienes las escogen suelen preferir más distancia de la ciudad capital, en parte por el discurso interiorizado relativo a lo natural, pero sobre todo porque resulta más viable económicamente.

Este párrafo da cuenta del gran dilema que se suscita entre la “eficacia normativa” de lo jurídico y la legitimidad constituida a partir de prácticas sociales concretas. Según el texto, el derecho al encierro no debería ser legislado, en tanto existen prácticas ya legitimadas que de hecho consolidan el cierre. No debería ser la norma la que definiera cuál es ese derecho, y hasta dónde se puede cerrar y con qué elementos. En esta perspectiva, el testimonio de la Federación apela al principio de legitimidad otorgado por la práctica social y que sería preexistente a la legislación misma, con lo que volveríamos a la nota en la que Posse dice que estos barrios no deben tener barreras, una vez que ya existen y las tienen. ¿Cómo legislar sobre hechos consumados? Si en general, como el propio Malinowski observó entre los trobianeses, suele establecerse una contradicción entre la ley y la práctica social, dicha contradicción podría agrandarse en la medida en que la práctica —si bien con formas diversas de encerramientos— se encuentra ya legitimada. Según este punto de vista, el derecho o no al encierro está pasando por un tipo de disputa que corresponde más al ámbito de lo social que al terreno de lo jurídico. Dicha discusión se desenvuelve con diversos significados según el contexto desde el cual se esté planteando y el interlocutor que se tenga enfrente. De hecho, no será lo mismo plantear el cierre desde un barrio que siempre fue abierto, a hacerlo desde el barrio que se originó cerrado, pero tampoco lo es desde uno que sólo está rodeado por vegetación, a hacerlo desde uno amurallado, en fin las variantes pondrán en juego un escenario conflictivo y complejo.

Aunque podríamos proponer una problemática unificada bajo la idea de control de pasaporte (Davis, M., 1993, p. 222), tal como ha sido producida por los emprendedores, los medios de comunicación, los “expertos” y hasta por los habitantes, cuando expresan un discurso sin contradicciones; esa idea puede quedar hecha trizas cuando el estereotipo es desmenuzado y las fisuras salen a la luz. Asimismo, la idea de control de pasaporte no parece ser propiedad exclusiva de este tipo de barrios; no hace mucho un habitante de la colonia Polanco en México D.F. manifestó: “...había uno que decía es que yo cerraba y pedía pasaporte... vamos a crear el estado único de Polanco”.

Podemos aventurar que los diferentes sentidos asignados al cerramiento se cimentan —en muchos de los casos— sobre cualidades que nada tienen de relación con el cierre. Con esto queremos decir que, así como los integrantes de la Federación o el mismo Intendente de San Isidro colocan el foco de atención en la juridicidad/legalidad del asunto, aun cuando como en el primer caso se concluya en la importancia de la legitimidad, cuando de los habitantes se trata son otros los factores que inciden en la definición positiva o negativa del cierre. Hablar de otros factores implica

referirse a muchos otros de los valores referenciales desde los cuales se conceptualizan estos espacios, que terminan sustentando o no la idea de “cerrarse o abrirse” o la idea de mantenerse “abierto”, cuando se trata de barrios que lo son aunque tengan límites virtuales claros.

...quise venir a vivir acá donde tengo libertad, ...que sea un lugar medianamente seguro, pero tener libertad... Si pudiera... me iría a vivir en el medio del campo cosa de que nadie me moleste... Por eso me gusta sin cerramiento... (Entrevistada del Barrio Parque “El Trébol”, Ezeiza).

E: Y el sentido del cierre para uds. pasaba por...

M: Por vigilancia... lo que pasa que esto era un tambo cerrado en el año 48... y el club abrió algunas calles... no son paredes, ya no hay más, las paredes son de casas que han levantado su pared, las vas a ver pintadas de verde...en vez de tener un cerco....pero todo es alambre y caña...La idea fue cerrar tipo Mapuche (es un country) o tipo los barrios cerrados con vigilancia y que no entrara cualquiera....no me molesta que la gente pase... (Entrevistada del Barrio CUBA, Malvinas Argentinas).

...volvió la idea de cerrarlo, ahí un poco fue la separación de la gente que está por el hecho de cerrarlo... y bueno los que estamos desde antes, que a lo mejor queremos que el barrio siga con esta característica de barrio abierto...y porque creo que esta cuestión es bastante ilusoria de que estamos cerrados y por eso nos protegemos... porque no estamos adentro todo el tiempo y además cerrados de dónde, porque todo lo que es lindero acá es con la gente con la que estamos siempre en contacto...hay familias que están con una filosofía de vida de estar viviendo acá, creo que es distinto la gente que ha comenzado a vivir en los barrios cerrados...es más diferenciado por lo clasista” (Entrevistada Barrio Parque “El Trébol”, Ezeiza).

Como se desprende de los testimonios seleccionados, las razones para cerrar o no varían con base en diversos aspectos: desde la vigilancia hasta actitudes xenófobas, pasando por la libertad, el campo, la historia misma de un cierre preexistente a la construcción del barrio, el clasismo, finalmente una filosofía de vida que separa a los viejos de los nuevos habitantes, o a los de barrios delimitados virtualmente de los cerrados con límites físicos precisos. Desde los diferentes puntos de vista tomados, el cierre, entonces, pasa más por una construcción social que material, tal como lo plantea una de nuestras entrevistadas: “es un cierre también de un grupo de gente que está viviendo en esos lugares”. Los residentes de urbanizaciones originadas en otros tiempos parecen escindir sus representaciones y hasta sus prácticas de las de aquellos nuevos habitantes que hoy optan por nuevos emprendimientos. Sin embargo, apelan a su propio cierre con el argumento de una mayor seguridad en una ciudad cada vez más insegura, y encubren de este modo la posible necesidad de “tratar de adquirir todo un estilo de vida” (Rifkin, 2000, p. 161), al cual parece sólo posible acceder mediante el ingreso a determinadas “comunidades exclusivas”, situación

que trascendería el mero hecho de comprar una casa, insertándose —como señala el autor (Rifkin, 2000, pp. 163-164)— en una “red de servicios que configuran una experiencia de vida muy particular y exclusiva”. Esta visión aparentemente vinculada a la opción clasista —planteada por una de nuestras entrevistadas—, sin embargo, no lo es en el sentido economicista habitualmente postulado, aunque tampoco sólo asociable a un “acceso mercantilizado” —como especula Rifkin— disociado de la posición y relaciones sociales que los involucrados poseen. Sin duda, acceder al estilo de vida propuesto a partir de las nuevas urbanizaciones implica edificar una frontera poderosa frente a aquellos que no lo poseen, al mismo tiempo que homologarse con los que sí ya han accedido, por tanto y como indica Bourdieu “absolutizando la diferencia” (Bourdieu, 1998, p. 55). Por un lado, aquellos ya experimentados en el vivir en la periferia, en barrios urbanizados abiertos pero al mismo tiempo limitados, expresan cierta aversión por el “nuevo estilo de vida”, dejando en claro el habitus que han adquirido, por ende el conocimiento experto apropiado, manifiesto fundamentalmente a partir del valor dado a la naturaleza. Una proporción importante de estos residentes transmitieron y se esforzaron por demostrar la interiorización de un “conocimiento local” basado en reconocer y diferenciar casi a ciegas y palmo a palmo olores, colores, flores, animales, ruidos y sonidos. Un “conocimiento local” estructurado con base en ese habitus incorporado —como suelen remarcar— desde la infancia, una experiencia individual, familiar (algunos retoman recuerdos infantiles) y social (porque muchos han nacido en la periferia, situación que les permitió “mamar” de la “madre tierra”). En esta perspectiva y siguiendo a Hannerz (1998), la naturaleza contribuye, en estos casos, a un fortalecimiento de la experiencia local, no sólo a partir de otros valores también importantes como el desarrollo de lo comunitario, sino y fundamentalmente a partir de la experimentación de una relación estrecha entre el cuerpo/las sensaciones y sentidos y el entorno natural/local. En este aspecto, lo local permite el desarrollo de un tipo de “experiencia sensual” donde la gente aparece “dispuesta físicamente, con todos sus sentidos, no sólo a mirar y escuchar, sino a tocar, oler y gustar [...] en un sentido de proximidad, incluso de inmersión” (Hannerz, 1998, pp. 48 y 49). Este habitus (Bourdieu, 1993) otorga un sentido de apreciación que los diferencia de otros que no lo han tenido, y genera así una nueva clasificación a partir de la división entre los que provienen de un entorno ya natural, respecto de otros que proceden de un ambiente más urbano, entre quienes tienen una “historia” en estos lugares y quienes aún deben “aprehender” ese conocimiento. A los sistemas clasificatorios aludidos podemos agregar aquél que diferencia a su vez a los “viejos” habitantes de barrios alejados y perimetrados (aunque no hayan sido cerrados en el

sentido actual), de los “nuevos”, o sea de los que se mudaron desde la capital en los años noventa, atraídos por un discurso legitimado y un fenómeno acorde a dicho discurso (los “barrios cerrados”). Esta diferenciación entre “viejos y nuevos” conduce a un discurso de los primeros más vinculado con la naturaleza y menos con la seguridad, inversamente a lo que sucede con los segundos. Desde este mundo representacional, los primeros están consagrando su identidad social, “no disociable de la permanencia en el tiempo, sino también de la de contribuir prácticamente a su reproducción moral, es decir, a la trasmisión de los valores, virtudes y competencias que constituyen el fundamento de la legítima pertenencia” (Bourdieu, 1998, p. 75); y en este sentido, es parangonable a lo que acontece con las “familias tradicionales” con genealogías imponentes, quienes apelan a esa antigüedad y a las “relaciones sociales objetivadas en los objetos familiares” (op. cit.), para a su vez radicalizar la diferencia incluso con los “viejos” aludidos.

Sin embargo, este valor parece diluirse cuando el cerramiento explícito de las nuevas urbanizaciones se observa como una mejora en el estatus social y conforma un límite de distinción social, una frontera que contribuye a elevar el prestigio socioeconómico del barrio de que se trate y en este sentido a elevar el valor del lugar en términos de rentabilidad. Efectivamente, cuando prevalece esta perspectiva, el propio cierre virtualmente y hasta expresamente conseguido a través de la valoración positiva dada a la naturaleza —como por ejemplo, con ligustrinas, árboles, enredaderas, pajas, callejones sin salida preexistentes, vías de ferrocarril en desuso, etc.—, es descalificado frente a los métodos más contundentes y “pesados” asociados a murallas, fortalezas, garitas, entre otros. La “levedad” de unos y la “pesadez” de los otros contribuyen a una mayor o menor invisibilidad. La visibilidad/invisibilidad evidentemente no fue un problema significativo para los que escogieron barrios, clubes de campo o countries allá por los años setenta u ochenta; mientras que sí lo es para los actuales, en la medida en que se espera una “invisibilidad total” del conjunto de la urbanización respecto del exterior, así como una “visibilidad amplificada” en el interior, que ofrezca no sólo jardines sin tranqueras, sino incluso amplios ventanales sin cortinas que permitan entrar en el hogar, sin entrar realmente. Es como si la casa buscara una prolongación en la calle, o la calle quisiera entrar a la casa, confundiendo comportamientos y prácticas diversas. Así, en estos emprendimientos el cerramiento permite invertir y confundir aquella distinción elaborada por Goffman (1981), entre una

¹⁹ Antonio Arantes pone en entredicho la perspectiva planteada por Da Matta sobre la distinción entre la casa y la calle. En ese sentido, postula que en las ciudades actuales se “forman zonas simbólicas de transición” (Arantes, 1994, pp. 191-192, n/traducción). En este caso, estamos extrapolando esa definición al contexto de los barrios cerrados.

región anterior —en la que se muestra, como en el teatro aquello que se puede mostrar al auditorio, o sea la fachada de la casa, y otra posterior o “trasfondo escénico”, en la que acontecen los elementos suprimidos de la primera, como entre bambalinas (en cierto modo planteada por Da Matta más tarde, cuando diferenciaba la calle como el lugar de lo público y la casa como el de lo privado).

Sin embargo, y a pesar de la aparición en las nuevas urbanizaciones de estas “zonas liminares”¹⁹ (Arantes, 1994, p. 191) el problema del cierre involucra otros asuntos relacionados con el ámbito de lo público y lo privado. Desde esta perspectiva determinados barrios, los “abiertos con aspiraciones a cerrarse”, se vuelven paradigmáticos de una acción considerada “correcta” o asociada a la “moral pública”. Este punto también es de destacar respecto de cómo el tema del cierre es un asunto de mayor debate por parte de los vecinos de estos lugares con otra experiencia, que por aquellos que han escogido “barrios cerrados”. En los últimos años, en la medida en que comenzaron a construirse múltiples barrios que nacieron cerrados, aquellos que virtualmente lo eran, pero sin elementos físicos contundentes que dieran cuenta de esa pauta, iniciaron disputas en relación con el cierre. Los conflictos planteados en términos de legalidad han sido puestos en la escena del debate sobre todo respecto de estos últimos barrios y no de los que han nacido en los años noventa sin legislación alguna y cerrados sin autorización. Y en este sentido tal vez la diferencia entre ambos está en que en éstos han sido los emprendedores los que negociaron con el poder público para sus aprobaciones, mientras en los otros han sido los vecinos, con sus asociaciones de fomento y administraciones quienes entablaron largas disputas frente a los poderes locales. Por ello, aunque el conflicto desatado en los aspirantes al cierre, en cierto sentido surgió de manera altamente “elitista”, los vecinos que encararon las disputas se han organizado, participado, y planteado los reclamos y protestas en el espacio de lo público, que lejos está de darse en los “barrios privados”, donde estos asuntos han sido negociados por los “inventores” de cada lugar.

Algunos barrios, como el caso del Cuba, se volvieron paradigmáticos. Entre 1997 y 1999 este caso ocupó sendos espacios en los medios de comunicación a raíz de su cierre. El Cuba se volvió algo así como el modelo ejemplar de lo que no “se debe hacer” respecto del espacio público que se quiere privado. Aunque el Cuba fuera delimitado, permitía el acceso a la gente de afuera, con lo que, cuando los vecinos insistieron con el cierre, se produjo una disputa entre el Intendente del Partido Malvinas Argentinas, los vecinos del Cuba y los vecinos “de afuera”. Dicho conflicto se instaló en la escena pública en términos de aspectos como “adentro-afuera”, “público-privado”, finalmente lo que se consideró más problemático: la discri-

minación de los de “adentro” hacia los de “afuera”. El Cuba, con todo su prestigio, fue objeto de las topadoras que envió el intendente, quien demolió las nuevas garitas y cercos al paso de la gente que gritaba “¡Déjense de destruir!”. De esta manera, pasó de “abierto” a “cerrado”, de “cerrado” a “semi-abierto” o “semi-cerrado” —según como se lo perciba—, porque los propios vecinos fueron definiendo estas categorías de acuerdo con el curso de los acontecimientos y también para diferenciarse de “barrios privados” o *countries* cercanos, como el San Jorge. Aunque el problema del Cuba transitó por el espacio de lo jurídico, donde se discutió hasta el hartazgo si es legal cerrar el espacio público, el conflicto se dirimió en las calles y en los medios de comunicación, porque entre otras cosas, algunas calles ya estaban cerradas de hecho, desde tiempos anteriores al conflicto, es decir por efecto de la práctica social.

Finalmente, aunque no nos extenderemos en este punto, el problema del cierre se prolonga hasta llegar al asunto de las calles internas. Como señala Davis, se trata de una acrecentada privatización del espacio público, mediante “una poderosa metáfora hacia la retirada de las calles y la introversión del espacio” (Davis, 1993, p. 217, n/traducción). Y siguiendo a Pires do Caldeira (1997, p. 164) estos “enclaves” utilizan “instrumentos para crear explícitamente separación [...] y fundamentalmente en lo que se refiere al espacio interno, se construyen hacia adentro como mundos independientes que proscriben la vida exterior”. Efectivamente, y como resalta la autora, estos “enclaves” generan situaciones de evitación de la vida pública, que de este modo niegan las calles públicas y su circulación libre, y contradicen la vida pública moderna, aunque el efecto producido desde los “barrios privados” hacia las calles es un ataque en el mismo sentido que el provocado por la arquitectura modernista (aunque sus fines fueran otros). Sin embargo, y aunque parezca contradictorio, simultáneamente a la negación de calles y espacio público urbano, en el “adentro” de estas nuevas urbanizaciones, las calles internas y los espacios comunes suelen sugerirse y “venderse” como espacios públicos por excelencia, en la medida en que se especula —y así lo experimentan los habitantes— que permiten “regresar al barrio perdido”, donde los niños podían jugar en la calle,²⁰ los vecinos encontrarse y conversar, etcétera. La confusión —como en el caso relatado en la nota anterior— entre el adentro y el afuera denota los diver-

²⁰ Sobre este punto resulta interesante el testimonio dado por una pareja residente del Club de Campo y Barrio Privado Pueyrredón, en las cercanías de Pilar. Ellos relataban que, cuando llegaron al barrio, los niños como que se habían desatado y sacaban sus juguetes a las calles, retomando el discurso idílico vendido a sus padres. Sin embargo, fueron los mismos padres quienes debieron reunirse e imponer límites y establecer una disciplina que excediera a los muros de la propia casa, en la medida en que, por un lado, los autos transitan por esas calles, y por el otro, los adultos se pecataron de que si no establecían un control social interno, esos mismos chicos, cuando salieran de los “muros” del barrio, no sabrían comportarse en la “otra ciudad”.

esos sentidos que se transmiten mezclados: el “afuera” parece identificarse con el “afuera allende del barrio”, sin embargo, el “afuera” termina siendo también las calles internas, aunque en el uso práctico puedan convertirse en espacios privados del “adentro”; asimismo el “abrir las puertas” implica esa prolongación de la casa en la calle de la que hablábamos antes. Así, como lo manifestaba Diego:

esto del uso de las calles me pareció interesante, de que los chicos salían a la calle y jugaban en la calle teniendo jardín, también un espacio al aire libre...es como que te daba la sensación de que todo el mundo había abierto las puertas de la casa y eso cerraba más viste?, entonces los enanos deambulaban por todos lados...la calle les pertenecía.

Y resulta aún más llamativo que, aun con la experiencia de la casa y la calle de la ciudad moderna, comienzan a confundir y no entender su propia experiencia ante la confusión entre el adentro/afuera, el abrir/cerrar. Y tal como comenzó a plantearse, este cambio confuso ha puesto en juego nuevas morales, nuevos comportamientos, nuevas prácticas problemáticas en el momento de aprehender una experiencia de uso y salir del propio barrio al afuera impuesto por la “sociedad real”. Sin duda, éste es un aspecto altamente complejo dentro de estos lugares: por un lado, los espacios son privados, pero se venden para experimentarlos como públicos, por el otro, un control social interno potente y un disciplinamiento y autodisciplinamiento extremo, censuran y finalmente en la práctica propician el desuso de calles y otros espacios del afuera

Una vez sondeados y analizados los múltiples sentidos dado a lo cerrado/abierto, ¿cómo es posible permanecer en la definición única de lo cerrado que sus promotores pretenden imponer?

Reflexiones para continuar el debate

En Los Ángeles los únicos que caminan son los ciegos y los mendigos, no? ¿Pues sí, realmente no es una ciudad de peatones. Allí es muy común estar en un barrio residencial y pasarte medio día mirando por la ventana y no ver un alma pasar caminando....La calle es tan vacía como se ve en la película” (Entrevista realizada a Rodrigo García Márquez en relación con su película “Con sólo mirarte”, en Revista La Nación, Buenos Aires, 18/2/01).

Las palabras del cineasta hablando sobre la ciudad más arquetípica del siglo XX y del recientemente inaugurado XXI, las sentimos realmente

cercanas a nuestras reflexiones. Estas remiten a una de las problemáticas más acuciantes de las ciudades actuales: la “crisis urbana” y la decadencia del espacio público tal como se conoció y aprehendió en la ciudad de la modernidad. La afirmación de García Márquez no haría sino confirmar los vaticinios dramáticos de muchos de los comercializadores y habitantes de las nuevas urbanizaciones: si sólo los mendigos y ciegos caminan por las calles de una urbe, la “ciudad tradicional” estaría sobreviviendo a costa de quienes quedaron sin opción alguna, mientras los “otros” —que también la usan, pero no se la apropian— andan por sus calles en autos polarizados y amurallados como sus barrios.

Resulta fácil pensar en una ciudad dual, cuando incluso hay residentes que plantean: “Buenos Aires es un antro...me pone histérico”. Asimismo, dicho pensamiento parece fortalecerse en múltiples proyectos de renovación urbana que parecen más que “obras de cemento”, la reproducción en maquetas de la ciudad, o más bien el diseño de una ciudad en términos de reality show donde “se vive la realidad como si fuera real”. Se trata de un discurso que encuentra soporte en la búsqueda de calidad de vida urbana, y al que efectivamente han contribuido en gran medida empresarios, comercializadores, medios de comunicación, gobiernos locales y sin duda planificadores urbanos. Por ello, parece imposible reflexionar sobre este nuevo fenómeno urbano si no es a través de la planificación que está teniendo lugar en las ciudades en su conjunto. Aunque algunos planificadores reniegan tajantemente de la denominada por ellos “ciudad difusa”, y acusan al neoliberalismo del surgimiento múltiple de urbanizaciones privadas en la periferia, no puede pasarse por alto que el planeamiento estratégico —defendido por ellos mismos—, hoy reproducido en muchas de nuestras ciudades, apunta a la ciudad en su conjunto en términos de “empresa” que se supone garantizará además calidad de vida.

Quienes ven en la ciudad competitiva la ciudad del futuro, desagregada en muchas ciudades concentradas en pequeños suburbios, por tanto como “algo totalmente distinto a las formas tradicionales de urbanización”,²¹ estarían validando la oposición entre dos ciudades muy diferentes. Y como se ha observado en este trabajo, si se centra la mirada en las formas externas de las nuevas urbanizaciones y en su confrontación con las de la ciudad moderna, efectivamente, la dualidad es verificable. Pero, ¿es posible quedarse en las formas y en los factores condicionantes de esas formas,²² como la inseguridad y el caos, y a partir de ahí deducir que las “elites” se refugian en “guettos” para eludir la “contaminación” con la gran ciudad

²¹ En palabras del Arquitecto Aaron Betsky, en Suplemento Arquitectura, Clarín, 2000.

²² En este sentido coincidimos con la línea de pensamiento desarrollada por Patricia Safa (1999).

y sus habitantes? Como acertadamente señala Safa (1999), también los sectores populares desarrollan estrategias de mejoras ante la inseguridad y el caos urbano, gestando sus propias “vallas” y encerrándose en sus propios asentamientos. En este sentido, lo cerrado no es propiedad exclusiva de determinados sectores sociales. Lo cerrado se ha vuelto un recurso material y simbólico fuertemente disputado entre diversos actores en juego.

Desde esta perspectiva, y aunque verificable en una primera instancia, si se aborda el fenómeno desde el punto de vista del observador, la lógica binaria fundada en el opuesto “ciudad tradicional”/“nueva ciudad” debe considerarse nuevamente a la luz de un escenario mucho más complejo que incluye la ciudad en su conjunto. Pero si decidiéramos “afincarnos” en las nuevas urbanizaciones, en la experiencia de sus habitantes dicha lógica se ve reformulada al mismo tiempo que reforzada contradictoriamente, mediante prácticas sociales diversas. Si volvemos sobre la decadencia del espacio público y sus consecuencias, es probable establecer una distinción clave manifiesta entre la que hemos conocido como “ciudad polis” y la hoy difundida city marketing. Sin embargo, el segundo tipo se traduce en proyectos que involucran tanto las nuevas urbanizaciones cerradas como aquellas que tienen lugar en espacios centrales o en centros históricos de la ciudad. En este sentido, la redefinición del espacio público atravesada por el ámbito de lo privado, puede observarse también en la conformación de “cotos cerrados” recreados en espacios “tradicionales” o en las cercanías de los mismos (como lo plantea Safa para el caso mexicano). En términos generales, el “regreso al pueblo, la comunidad, el barrio, la aldea rural”, parece ser una búsqueda expandida que, aunque firmemente anclada en las nuevas urbanizaciones de la periferia, aparece aunada a la rehabilitación/recualificación de lugares tradicionales de la ciudad. El pueblo—también el barrio como experiencia más extendida y reconocida por amplios sectores de la ciudad—se conforma más en el pensamiento que en las “verdaderas” cosas que puedan haber sobrevivido, porque como dice Lowenthal, importa más la “condición de pasado” que la “presencia del pasado” (Lowenthal, 1998, p. 8). Esto es fundamentalmente válido para las nuevas urbanizaciones que, si bien carecen—en su mayoría—de raíces o relatos históricos, son “vendidas y consumidas” por esa posibilidad que presentan de regresar a una vida provinciana, o rural idealizada, o de barrio de infancia, donde, aunque ya no existan las cosas del pasado, se puedan simular y actuar como si hubieran regresado, el conflicto desaparezca y se refuerce la diferencia respecto de “otros” que no pertenecen al pueblo y no comparten la experiencia de ese “país extraño” (Lowenthal, 1998). Efectivamente, erradicar el conflicto en ciudades que resultan altamente problemáticas parece ser el objetivo de una utopía futura—como dice Safa—, sin embargo, producto

de habitantes, promotores y gobiernos ciegos a los conflictos económicos, sociales y políticos que se desatan inesperadamente y en la “realidad”, por caso, de los pueblos “reales” sobrevivientes del interior del país.

La metrópolis parece deshacerse, al yuxtaponerse pedazos cada vez más heterogéneos entre sí pero cada vez más homogéneos hacia adentro, y esto no sólo vale para la periferia, sino también para el resto de la ciudad. Se compromete en ello no sólo la coexistencia de proyectos de transformación modernizadores junto a aquéllos donde el pasado subsiste y se transforma, sino también relaciones complejas y contradictorias entre lo homogéneo/heterogéneo. En la crisis de la ciudad y del espacio público prevalece una conformación de la urbe, que aunque fragmentada, lo es a través de la planificación de espacios que permiten la convivencia entre semejantes y eliminan la condición creativa y enriquecedora de la vida urbana moderna, es decir la convivencia entre personas diferentes; sin embargo, la diversidad cultural vuelve a tomar un lugar de protagonismo, vista como “la clave de una buena ciudad”.²³ Así, muchos alcaldes preconizan la necesidad de encontrar en el comportamiento cosmopolita la fuerza para lograr una “ciudad exitosa”, donde disminuyan las estrecheces y hostilidades hacia los “diferentes”. ¿Pero es que estas nuevas proclamas contribuyen a reducir el conflicto social urbano? Más bien, tal aspiración —que por otro lado, encuentra sintonía en las demandas activas de nuevos y visibles “diferentes” que reclaman un lugar de pertenencia en la ciudad— puede coexistir, casi sin problema, con la idea fuerte de construir espacios homogéneos, porque al fin y al cabo ambos son objetivos del modelo urbano empresarial donde la “organización” de una diferencia conveniente a determinados intereses puede ser crucial al buscar una receta equilibradora de las necesidades y soluciones a los conflictos urbanos. Desde esta perspectiva, consideramos que la ciudad contemporánea no es el producto de lo “urbano sin urbanidad”, o del despliegue de una “urbanidad de sustitución” (PUCA, 1999), sino más bien de una sobreimpuesta “política de lugares” (Delgado Ruiz, 1998), resultado de un orden político que en lo urbano apuesta a la combinación compleja entre una “urbanidad restringida” (PUCA, 1999) y un “exceso de urbanización/urbanidad”.

En conjunto, la aparición de las urbanizaciones privadas nos hace reconsiderar nuestras categorías para entender la realidad, y así contribuir a redefinir la ciudad, lo urbano, y el espacio público, en sus dos sentidos: el espacio público como espacio físico compartido por los ciudadanos y como espacio del debate político, de la participación ciudadana. En este sentido, este fenómeno —como resalta Caldeira (1997, p. 176, n/traducción)— “impone

²³ “Una receta para todas las ciudades”, por Richard M. Daley, en Suplemento The Economist, 2001, El mundo que viviremos, La Nación, 31/12/2000, Buenos Aires.

por sí solo una cierta lógica social que promueve desigualdad y separación” e intensifica la “erosión de la ciudadanía”; pero nos preguntamos: ¿profundiza las desigualdades sociales ya existentes en la ciudad de la modernidad? y ¿hasta dónde, al fomentar una mayor diversidad cultural, contribuirá a fortalecer la ciudadanía y atenuar las desigualdades sociales? A pesar de que los propios empresarios apelan a un civismo que alivie tensiones sociales a partir del uso y apropiación de los espacios públicos tradicionales y así ponen en tela de juicio los actos de otros agentes privados que privatizan el espacio público, este interés renovado por la “ciudad cosmopolita” no hace otra cosa que ocultar nuevas modalidades de segregación —en tanto se expulsa a los “otros” que se apropian inadecuadamente de esos espacios— y encubrir el conflicto urbano. Ya que como en el caso mexicano, la “diferencia” se arraiga en las desigualdades sociales (Safa, 1999, p. 24).

Entonces, por un lado, si consideramos una profundización de los mecanismos de segregación social en las ciudades actuales, no deberíamos pensar que esto es atribuible sólo a las nuevas urbanizaciones, que en todo caso forman parte de un proyecto más abarcador que desde la planeación urbana estratégica pretende “domesticar” el caos urbano y “vender” mejor cada ciudad. Así, ya sea por el camino de la homogeneización y lo cerrado, o bien por el de la diversidad cultural y la reaparición del espacio público, los conflictos más que debilitarse parecen fortalecerse y aumentar las desigualdades sociales. Aunque en el caso de Buenos Aires la división entre la capital y Gran Buenos Aires marca diferencias en su propia constitución y esto se advierte en la conformación urbana misma, la “ciudad competitiva” es un desafío propio de toda la ciudad. Por el otro, volvemos a preguntarnos, ¿hasta dónde las nuevas urbanizaciones son las “culpables” de una mayor segregación urbana y social? Nos parece oportuno aquí volver a retomar a Caldeira, en tanto es ella quien advierte tomando el caso San Pablo que, si bien los nuevos enclaves “representan una nueva forma de organizar diferencias sociales y crear segregación” y en cuanto a sus elementos básicos de conformación contradicen los de la ciudad moderna —como las calles y su apertura, el uso de los espacios públicos para todos, la ciudad política y no sólo para el consumo, etc.—, finalmente esa “ciudad abierta y sin exclusiones” terminó legitimando profundas desigualdades sociales, como las urbanizaciones privadas cerradas y amuralladas (Caldeira, 1997, p. 164, n/traducción). Estas consideraciones dan cuenta de una problemática que excede el campo de lo urbano-cultural, que tanto ha tomado cuenta en los últimos años de las ciudades e involucra cada vez más los asuntos de la política.

recibido en julio de 2001
aceptado en agosto de 2001

Bibliografía

- ARANTES, Antonio A., 1994, "A Guerra dos Lugares. Sobre Fronteiras Simbólicas e Liminaridades no Espaço Urbano", en *Revista do Patrimônio Histórico Artístico Nacional*, núm. 23, Río de Janeiro, IPHAN.
- ARENDETT, Hannah, 1983 (1961), *Condition de l'homme moderne*, París, Calmann-Lévy / Presses Pocket, col. Agora.
- ARIZAGA, Cecilia, 2000, "Suburbanización y encapsulamiento como nuevos usos y representaciones de la ciudad", comunicación en el seminario *Lo urbano en el pensamiento social*, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Buenos Aires.
- BOURDIEU, Pierre, 1993, *Cosas Dichas*, Barcelona, Editorial Gedisa.
- , 1998, *La Distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.
- CASTELLS, Manuel, 1995, *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*, Madrid, Alianza Editorial.
- DA MATTA, Roberto, 1985, *A casa & A rua*, San Pablo, Editora Guanabara.
- DAVIS, Mike, 1993, *Cidade de Quartzos. Escavando o futuro em Los Angeles*, San Pablo, Scritta Editorial.
- DELGADO RUIZ, Manuel, 1998, "Las estrategias de memoria y olvido en la construcción de la identidad urbana: el caso de Barcelona", en "Ciudad y cultura. Memoria, identidad y comunicación", Colombia.
- GOFFMAN, Erving, 1981, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- GORELIK, Adrián, 1998, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, Universidad nacional de Quilmes.
- , 1999, "Buenos Aires en la encrucijada: modernización y política urbana", en *Revista de Arquitectura*, núm. 194, Periferia, Buenos Aires, Sociedad Central de Arquitectos.
- HALL, Peter, 1996, *Las Ciudades del mañana. Historia del Urbanismo en el siglo XX*, Barcelona, Ediciones del Serbal.
- HANNERZ, Ulf, 1998, *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*, España, Frónesis, Cátedra, Universitat de Valencia.
- JACKSON, Kenneth T., 1985, *Crabgrass Frontier. Suburbanization in the United States*, Oxford University Press.
- LACARRIEU, Mónica, 2000, "Los 'nuevos espacios modernos' en la ciudad de Buenos Aires", en Informe Final Beca "Esther Hermitte", Buenos Aires, Fundación Antorchas.

- MASSEY, Doreen, 1991, "A Global Sense of Place", en *Marxism Today*, junio.
- MEMORIA DEL SEMINARIO SOBRE BARRIOS CERRADOS, 2000, "El barrio cerrado como nueva forma de urbanización del Gran Buenos Aires", Dirección de Planeamiento Urbano. Municipalidad de Malvinas Argentinas, Buenos Aires.
- MIGNAQUI, Iliana, 1999, "De falansterios, garden cities y ciudades privadas", en *Revista de Arquitectura*, núm. 194, Periferia, Buenos Aires, Sociedad Central de Arquitectos.
- MIRANDA VIEIRA, Natalia, 1999, "A imagem diz tudo? O espaço urbano como objeto de consumo", en *Bahia, Análise & Dados*, vol. 9, núm. 2, Salvador, septiembre.
- MONNET, Jérôme, 2000, *Modernism, Cosmopolitanism and Catastrophism in Los Angeles and Mexico City*, en *Cybergeo*, núm.136.
- NIVON, Eduardo, 1996, "De periferias y suburbios culturales. Territorio y relaciones culturales en las márgenes de la ciudad", Ponencia presentada en el simposio organizado por la UAM y Fundación Rockefeller, México, D.F.
- PIRES DO CALDEIRA, Teresa, 1997, "Enclaves fortificados: a nova segregação urbana", en *Novos Estudos*, 47, San Pablo, Cebrap.
- PIREZ, Pedro, "Las urbanizaciones cerradas en la ciudad metropolitana de Buenos Aires", en Norberto Iglesias (comp.), 2000, *La fragmentación física de nuestras ciudades*, memoria del III seminario Internacional de la Unidad Temática de Desarrollo Urbano, Malvinas Argentinas, 3 y 4 de agosto de 2000, Malvinas Argentinas, Municipalidad de Malvinas Argentinas, pp. 99-109.
- PUCA, 1999, "Habiter quelle ville? Situations d'homogénéisation résidentielle et (re) définition de l'urbain et de l'urbanité dans les Amériques", Francia.
- RIFKIN, Jeremy, 2000, *La era del acceso. La revolución de la nueva economía*, Barcelona, Paidós.
- ROBERT, Federico, 1998, "La gran muralla: aproximación al tema de los barrios cerrados en la región metropolitana de Buenos Aires" Ponencia presentada en el Seminario de Investigación Urbana "El nuevo milenio y lo urbano", Buenos Aires, Fac. Cs. Sociales.
- ROMERO, José Luis y Luis Alberto ROMERO (dir.), 1983, 2000, Buenos Aires. *Historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, abril, 2 vol., Buenos Aires, Altamira, 2 vol.
- RYBCZYNSKI, Witold, 1995, *Vida Nas Cidades. Expectativas urbana no Novo Mundo*, Río de Janeiro, Record.
- SAFA, Patricia, 1999, "Construir mundos, levantar muros y preservar patrimonios: una alternativa de vida en las grandes ciudades? Condominios y fraccionamientos cerrados en la ciudad de México", mimeo, México.

- SASSEN, Saskia, 1999, *La ciudad global*. Nueva York, Londres, Tokio, Buenos Aires, Eudeba.
- SVAMPA, Maristella, 2000, "Clases medias, cuestión social y nuevos marcos de sociabilidad", en *Punto de Vista*, año XXIII, núm. 67, Buenos Aires, pp. 34-40.
- SZAJNBERG, Daniela, 2000, "El 'ostracismo residencial' de los sectores medios-superiores de la sociedad metropolitana de Buenos Aires de fines de siglo XX". Comunicación presentada en el Seminario Lo Urbano en el Pensamiento Social, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani, 29 septiembre.
- TORRES, Horacio, 1998, "Procesos recientes de fragmentación socio-espacial en Buenos Aires: la suburbanización de las elites", ponencia presentada en el Seminario de Investigación Urbana "El nuevo milenio y lo urbano", Buenos Aires, Fac. Cs. Sociales.
- THUILLIER, Guy, 2000, "Barrios privados, apuestas publicas", en Norberto Iglesias (comp.), *Barrios cerrados, nuevas formas de fragmentación espacial en el Gran Buenos Aires*, Municipalidad de Malvinas Argentinas, pp. 81-94.
- VAINER, Carlos, 2000, "Patria, empresa e mercadería. Notas sobre a estratégia discursiva do Planejamento Estratégico Urbano", en O. Arantes, C. Vainer, y E. Maricato, *A Cidade do Pensamento Unico. Desmanchando consensos*, Río de Janeiro, Editora Vozes.
- ZITO, Carlos A., 1999, *El Buenos Aires de Borges*, Buenos Aires, Aguilar.
- ZUKIN, Sharon, 1996, "Paisagens Urbanas Pos-Modernas: Mapeando Cultura e Poder", en *Revista do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional*, Río de Janeiro, IPHAN.